

# Juan Manuel Gil

Un hombre bajo el agua





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Juan Manuel Gil**  
Un hombre bajo el agua

---

© Juan Manuel Gil, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2024  
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imagen del interior: © Album

Primera edición: junio de 2024  
ISBN: 978-84-322-4375-2  
Depósito legal: B. 9.074-2024  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: CPI Black Print  
*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



---

## UNO

Él estaba en cuclillas sobre uno de los muros de la balsa de piedra y corría el verano de 1993. Yo atravesaba un bancal del Paraje de la Costumbre cuando lo vi de espaldas, con el cuello tenso y estirado, mirando fijamente el agua estancada. Apenas tardé unos segundos en reconocerlo. Era Iván, el Tusmadres, un gilipollas medio trastornado, íntimo amigo de las cosas ajenas, nueve años mayor que yo —que entonces acababa de cumplir catorce—, del que alguna vez había tenido que salir huyendo porque le daba por desordenarles las vértebras a los zagales del barrio. Sin cambiar de postura, como si fuera un lagarto en alerta máxima, giró la cabeza y me habló.

—Tú, capullo, ven aquí.

Estuve a punto de echar a correr rambla abajo. Aún hoy no sé por qué obedecí. Quizá aquella fue una de las primeras decisiones insensatas de cuan-

---

tas estaban por llegar a mi vida. Me acerqué con lentitud hasta la balsa, alargó el brazo, le di mi mano y de un tirón salvaje me subió al muro. El hombro se me hizo lava durante algunos segundos. Me cogió del cuello con fuerza y, como quien ordena las agujas de un despertador, dirigió mi mirada hacia el centro de la balsa.

—A ver, niño, ¿qué hay ahí?

—¿Dónde?

—¿Eres tonto o qué? ¡Ahí!

—Agua y ova.

—¿Agua y ova? En el fondo, capullo. Ya sé que hay agua y ova.

—No sé. Está turbia. Creo que es un zapato.

—¿Y no puede ser una botella de cerveza?

—Es posible.

—¿Entonces ya no es un zapato?

—Yo diría que sí.

—No me estás ayudando. A ver si vas a necesitar gafas.

—Es que el agua está muy verde.

—Porque yo de un guantazo te curo la miopía y te doy superpoderes.

—¡Que está muy verde, joder! ¿Es que no lo ves?

—¿Y si te tiras y sacas lo que sea? Saldríamos de dudas...

—Ni de coña. ¿Meterme en una balsa? Mi madre me mata.

—Serás mierda... ¿Y si te tiro yo?

---

—Pues te matará a ti. No exagero. Se pone como las locas cuando se entera de que he estado pescando en alguna balsa.

—Sí, sí... No es eso lo que decía anoche mientras me la follaba.

—Me voy.

—No paraba de gemir.

—No estás bien de la cabeza, tío. Me voy ya.

—Vale, vale. Tranquilo. Hacemos otra cosa. Busca una caña larga y lo movemos.

—¿Por qué?

—Porque no es lo mismo una botella que un zapato. Eso te lo habrán explicado en la escuela, ¿no?

—Ese día falté.

—Míralo... Si hasta tiene sentido del humor...

—Me voy.

—Oye, niño, ¿yo qué te he dicho a ti?

—No hay ninguna caña por aquí cerca.

—Hace mucho calor. ¿De verdad que no te apetece un baño?

---

## DOS

El Paraje de la Costumbre era un viejo cortijo situado a las afueras de mi barrio. Por aquel entonces abarcaba dos o tres bancales, un invernadero ya rudimentario en aquellos años, dos caminos de tierra reseca y una breve y divertidísima red de cauces. Sus propietarios, una familia venida de La Alpujarra, gestionaban aquello con mucho trabajo, poco dinero y una mala leche de las de mearse encima. Lo normal era que cualquiera que quisiera llegar al ultramarinos de la Francesa o a la pista de frontón, por ejemplo, cogiera las aceras de la carretera nacional. Pero eso implicaba recorrer casi un kilómetro y medio más. Así que los niños, que en esos años éramos una legión descamisada, atajábamos por aquellas tierras a paso ligero y con el culo bien apretado.

Recuerdo haberme camuflado entre los caballos a comer tomates. Me llevaba en el bolsillo

---

un saquito de papel lleno de sal y los devoraba a dentelladas hasta que el ácido y el sulfato me provocaban boqueras. También recuerdo el invisible canto de las cigarras y el crujido del sol contra las plantas resecas. Y, cómo no, recuerdo haberme parado muchísimas veces en la dichosa balsa. Era redonda. Que yo sepa, la única del barrio que tenía esa forma. Estaba construida con piedra y barro viejo, y guardaba aspecto de patrimonio artístico e histórico de la humanidad. Al menos de la humanidad de nuestro barrio, que no es poca cosa. Junto a ella, se alzaba una generosa higuera y una morera que aún hoy siguen dando sombra. Aquella esquina del mundo, para los niños que éramos y estábamos, poseía una proporción áurea: el nervioso ramaje de ambos árboles nos permitía camuflarnos a la vez que pescábamos, comíamos higos, cogíamos hojas para los gusanos de seda y nos bañábamos en sus aguas siempre misteriosas.

Corría el rumor de que si el dueño te sorprendía en sus tierras, te despellejaba con una espátula al rojo vivo. Así que nos organizábamos concienzudamente con los turnos de vigilancia. Uno aquí, otro allí y, por si acaso, alguno más allá. No obstante, la experiencia, siempre tan hija de puta y didáctica, nos mostró que no era así. Que allí nadie despellejaba a nadie. No era necesario. En una ocasión, un integrante de la *troupe* fue cazado. Todos corrimos como hormigas durante las primeras gotas de lluvia, pero el Legones no tuvo



---

tiempo de trepar por la cuerda que hacía las veces de escalinata. Aquel hombre venido de las montañas lo agarró, lo echó de un puñado al asiento trasero de su furgoneta y se lo llevó mientras nosotros nos amontonábamos silenciosos y cobardes detrás de un arbusto moribundo. Desde allí lo condujo hasta el cuartel de la Guardia Civil de la capital, que era la salida de emergencia de las vacaciones de verano. El peor de los castigos imaginables. Un horror imponderable. Cualquiera de nosotros habría preferido la espátula candente en la espalda.

Hoy ya no están aquellos banales. Han construido dúplex y una pequeña plaza acolchada en la que los niños muy difícilmente pueden romperse los dientes. Aquella familia se marchó con el mismo silencio con el que una vez se instaló en el barrio: despiezó el cortijo en parcelas, las vendió a una promotora, tapió las puertas y las ventanas de la casa en la que vivían y se olvidaron de la balsa, la higuera y la morera. Así que ahí siguen. Intactas. Como la escena de un viejo cuadro en casa de cualquier abuela de aquellos años. Lo único que ha cambiado ha sido el agua. Ahora, si trepas al muro y te asomas a través de la alambrada, se puede ver el fondo de la balsa. Alguien, no sé quién ni por qué, se encarga de que siempre esté limpia.

---

## TRES

Le he escrito un correo a T. explicándole que he empezado a trabajar en una nueva historia. Si no recuerdo mal, es el tercero de esta semana en el que le digo algo parecido. Entusiasmo cero, claro. Y eso que no deja de reclamarme que me siente a escribir de una puta vez. Ahora dice que está a punto de generar otra piedra en el riñón si recibe una nueva llamada de su exmarido. Y que eso, además, es lo mejor que le podría pasar. «Una baja, y que le den por culo a todos.» Es normal que ella no tenga la misma intuición que yo. Es normal que ella no perciba esta historia como ese yacimiento mineral que llevaba meses buscando. Y es normal que ella no sienta el alivio que me seda y electrifica al mismo tiempo. Todo eso es normal en mi vida. Solo quienes han escuchado en su interior el crujido de dos engranajes que encajan por vez primera saben de qué hablo.

---

Me ha contado, además, que su padre ha recibido una visita muy esperada, pero que, a la vez, ha sido totalmente inesperada. Así es él. Ha llegado una profesora y escritora vallisoletana afincada en Argentina con la que mantuvo una relación antes de venirse a España y casi antes de divorciarse. Nos propone una cena algún día de esta semana. Asegura —no me lo creo— que ha leído uno de mis libros y que tiene muchas ganas de conocerme. T. me ha hablado de ella en varias ocasiones. Al parecer, cuando era niña, la acompañaba a recitales y presentaciones de libros para pedir al escritor de turno que le firmara en un pequeño cuaderno que aún hoy conserva. Tiene unos cuarenta o cincuenta autógrafos, pero no conozco ni a uno solo de esos autores, la mayoría del extremo sur argentino. Me resulta tierno, la verdad. Puede que estos ejercicios de memoria propicien que yo la quiera cada día más y ella, por justicia poética, a mí, menos. En cualquier caso, no me apetece esa cena. Es probable que me sienta incómodo desde el principio y me obligue a beber más de la cuenta. Ella lo sabe de sobra. «Vale. Pero dile a tu hermano que tiene que venir. Así todos arrimamos el hombro.» Eso le he contestado en un alarde de generosidad que rara vez aprecia. Se están perdiendo los modales. Y esa pérdida es una sangrienta y silenciosa guerra civil de la que nadie habla.

La última vez que asistí a una de estas cenas abandoné mucho antes de llegar a los postres. En

---

realidad no ocurrió nada importante que motivara mi marcha. Mientras me dirigía a los servicios del restaurante, pensé que lo mejor que podía pasarme en ese momento era caer desvanecido en el sofá de mi casa. Abrazo supremo de lo doméstico. Ese fue el chispazo. Le mandé un mensaje a T. desde el coche y ella, supongo, me disculpó como pudo. El episodio provocó un enorme agujero de ozono en el ambiente familiar que tardará siglos en regenerarse. No pasa nada. Todos morimos de algo.

Pocos saben que la tozudez de mi suegro funciona de un modo muy parecido al tejido espacio-tiempo del universo. Está en continua expansión. Aunque en su entorno no se perciba a simple vista, su capacidad para que acabemos haciendo lo que su voluntad dicta sigue aumentando. Crece continuamente. No se detiene en su progresión. Y lo hace en unas magnitudes tales que cualquiera podría sentirse confuso o dejarse seducir por un error muy común: qué más da que lo haga a la velocidad de la luz o a la velocidad del sonido si ambas velocidades me arrollan e imposibilitan cualquier opción de supervivencia. Y aunque hay verdad en ese pensamiento, para qué negarlo, también la hay en la idea de que la magnitud es relevante. Cuando yo lo conocí, por ejemplo, sus Santos Cojones se desplazaban por mi vida a la velocidad del sonido, y eso implicó reparar la electricidad de la casa del pueblo, cenar con él casi

---

todos los viernes, acompañarlo a las consultas médicas y sintonizarle el televisor cada dos semanas. Hace tiempo que sus Santos Cojones alcanzaron la velocidad de la luz. Y ahora, cada vez que nos encontramos con él, lo único que puedo ver es un haz incandescente que me arrastra de una habitación a otra, de una tienda a otra tienda, de la mesa al frigorífico y de mi garaje a su casa. Ya debo de estar a millones de años luz de mi punto de origen porque esta noche, sin ir más lejos, tengo que sacar a pasear otra vez al hijo de puta de su perro.